



# *Vuela, águila, vuela*

Un cuento africano

*Adaptado por Christopher Gregorowski*

Un granjero salió un día a buscar un ternero que se había perdido. Los pastores habían vuelto sin él la tarde anterior. Y esa noche había habido una tormenta espantosa.

Fue al valle y buscó por el cauce del río, entre los juncos, detrás de las rocas y en la corriente del agua.

Escaló las laderas de la enorme montaña de rocosos acantilados. Miró detrás de una gran roca por si el ternero se hubiera acurrucado allí para refugiarse de la tormenta. Y en ese preciso lugar se detuvo. Allí, en el saliente de una roca, vio algo sombrero. Una cría de águila había salido del huevo hacía uno o dos días, y el viento la había arrojado fuera del nido durante la terrible tormenta.

Estiró los brazos y cogió la cría sosteniéndola contra su pecho con las dos manos. Se la llevaría a casa y la cuidaría.

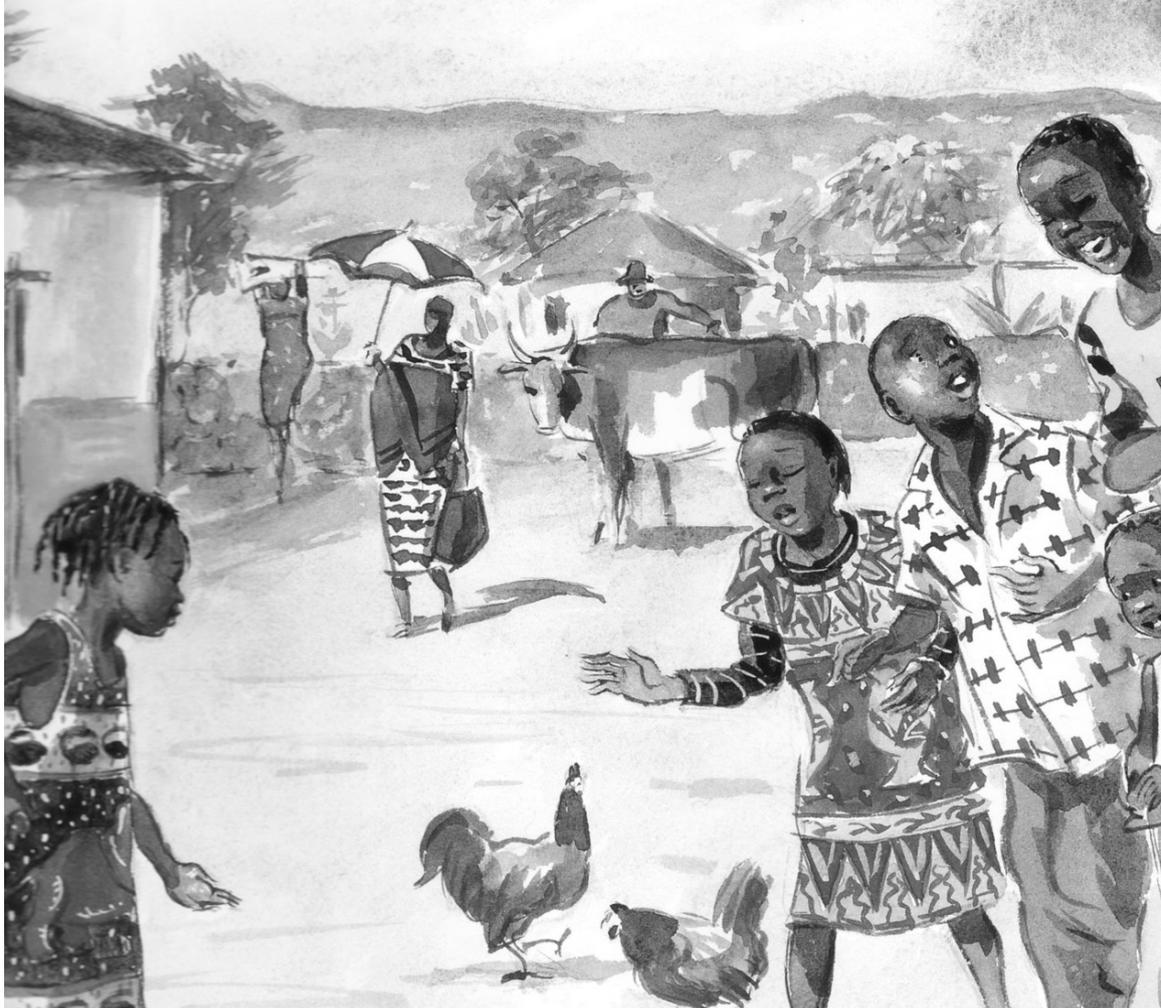
Estaba llegando a casa cuando los niños salieron corriendo a recibirle.

—¡El ternero ha vuelto solo! —gritaban.



El granjero estaba muy contento. Mostró la cría de águila a su familia y luego la colocó con mucho cuidado en el gallinero entre las gallinas y los pollitos.

—El águila es la reina de las aves —dijo—, pero la entrenaremos para que sea un pollo.



Así pues, el águila vivió entre los pollos, aprendiendo sus costumbres. Según crecía, iba tomando un aspecto diferente al de cualquier polluelo de los que hubieran visto jamás.

Un día llegó un amigo a visitarles. El amigo vio aquella ave entre los pollos.

— ¡Oye! Eso no es un pollo. ¡Es un águila!

El granjero le sonrió y le dijo:

—Claro que es un pollo. Mira: camina como un pollo, come como un pollo. Piensa como un pollo. Por supuesto que es un pollo.

Pero su amigo no estaba convencido.

—Te demostraré que es un águila —aseguró.

Los hijos del granjero ayudaron a su amigo a coger al ave. Pesaba bastante, pero el amigo del granjero la levantó por encima de su cabeza y dijo:

—No eres un pollo, sino un águila. No perteneces a la tierra, sino al cielo. ¡Vuela, águila, vuela!

El ave extendió las alas, miró a su alrededor y, al ver que los pollos estaban comiendo, saltó hacia el suelo para picotear la comida con ellos.

—Te dije que era un pollo —dijo el granjero, mientras se reía a carcajadas.



A la mañana siguiente, muy temprano, los perros del granjero empezaron a ladrar. Una voz llamaba desde la oscuridad. El granjero corrió hacia la puerta. Era su amigo de nuevo.

—Dame otra oportunidad con el ave —suplicó.

—¿Sabes qué hora es? Ni siquiera ha amanecido.

—Ven conmigo. Trae el ave.

A regañadientes, el granjero cogió el ave que estaba profundamente dormida entre los pollos. Los dos hombres emprendieron el camino y desaparecieron en la oscuridad.

—¿Dónde vamos? —preguntó el granjero, medio dormido.

—A las montañas donde encontraste esta ave.

—¿Y por qué a esta hora tan absurda de la noche?

—Para que nuestra águila pueda ver salir el sol sobre la montaña y seguirlo hasta el cielo, que es el lugar al que pertenece.

Entraron en el valle y cruzaron el río. El amigo iba delante.

—Date prisa —dijo—, o amanecerá antes de que lleguemos allí.

Las primeras luces aparecieron en el cielo cuando empezaban a escalar la montaña. Las tenues nubes del cielo, rosadas al principio, empezaron a brillar con destellos dorados. A veces el camino era peligroso, pues iba pegado al borde de la montaña, atravesando estrechos salientes de la roca, obligándoles a entrar y salir a través de oscuras grietas. Por fin dijo:

—Este sitio nos servirá.

Miró hacia abajo desde el acantilado y vio el suelo cientos de metros más abajo. Estaban muy cerca de la cima.

Con mucho cuidado, el amigo llevó el ave hasta un saliente de la roca. La colocó allí mirando hacia el este y comenzó a hablarle. El granjero riéndose dijo:

—Sólo sabe hablar el idioma de los pollos.

Pero su amigo siguió hablando, contándole al ave cosas sobre el sol, sobre cómo da vida al mundo y cómo reina en los cielos dando luz a cada nuevo día.

—Mira el sol, águila. Y cuando salga, elévate con él. Perteneces al cielo, no a la tierra.

En ese momento, los primeros rayos de sol se dejaron ver sobre la montaña y, de repente, el mundo resplandeció con su luz.

El sol se elevó majestuosamente. La gran ave estiró las alas para saludar al sol y sentir su calor en las plumas. El granjero permanecía callado. Su amigo dijo:

—No perteneces a la tierra, sino al cielo. ¡Vuela, águila, vuela!

Retrocedió hasta donde estaba el granjero. Reinaba el silencio. El águila estiró la cabeza, extendió las alas e inclinó las patas hacia delante agarrándose a la roca.

Entonces, sin moverse realmente, sintiendo el tirón de un viento más poderoso que cualquier persona o ave, la grandiosa águila se inclinó hacia adelante y se impulsó hacia arriba cada vez más alto, donde no alcanza la vista, perdiéndose en el brillo del sol naciente, para no volver nunca más a vivir entre pollos.

